

# **El psicoanálisis interrogado**

**Julio Moreno**

**El psicoanálisis interrogado**

*De las causas al devenir*

 **Lugar**  
Editorial

Moreno, Julio

El psicoanálisis interrogado : De las causas al devenir / Julio Moreno. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2016.

162 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-892-523-7

I. Psicología. I. Título.

CDD 150

## Prólogo

Ricardo Rodulfo

Edición: Mónica Erlich

Corrección: Juan Rosso

Diseño de tapa: Silvia C. Suárez

Imagen de tapa: Eduardo Stupía, *Paisaje*, 2015. Grafito, carbón, pastel, lápiz y acrílico sobre tela, 150 x 200 cm.

© Julio Moreno

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-523-7

© 2016 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel.: (54-11) 4921-5174 / 4924-1555

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/Lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

## Julio Moreno, por un psicoanálisis poscolonial (Prólogo a la manera de un pequeño ensayo)

Hemos aprendido –Foucault y Derrida mediante– a estar atentos a lo que un texto *hace*, más acá de lo que *dice*. Hemos aprendido también –Lacan y Derrida mediante– a volver sobre un texto su propio procedimiento de lectura; ambos recursos nos servirán aquí. En principio, para señalar que este no es un libro típico “de” psicoanálisis (rara vez, en alguna que otra página, se le asemeja). Se lo redefinirá más bien como el libro de alguien que piensa *con* el psicoanálisis y lo mezcla libremente con otras disciplinas, como la cuántica, la filosofía o el arte en algunas de sus expresiones, sin contar con intertextualidades que laten en el seno de su escritura sin explicitarse.

Dicho de otra manera, esto *hace* libertad, y se manifiesta en la libertad de movimiento del autor respecto de las líneas teóricas hegemónicas en su campo de pertenencia profesional, como también, y sobre todo, se manifiesta en que, si uno se dispone a contarlas, hay tanto o más citas no psicoanalíticas que psicoanalíticas, lo cual es francamente extraño tanto en este campo como en cualquier otro delimitado académicamente. En este sentido, cabe decir que hay más *conexiones* que respeto por el tejido asociativo convencional que exige cierta homogeneidad como prueba de la “identidad” del firmante. Esta homogeneidad se expresa enojosamente en el hecho de que a menudo un libro *de* psicoanálisis no practica siquiera una intertextualidad en el interior de su propio campo de pertenencia, ciñéndose con sumisión a la *línea* que aquel declara profesar por el mero expediente del repertorio de citas que maneja. En contraste, en este libro de Julio Moreno campea una atmósfera muy distinta, en la que el material de un paciente se puede conectar con la trayectoria de una

pequeña partícula. Y no me estoy limitando con esto al decir del autor, sino que me atengo a operaciones del texto mismo.

Todo esto es ya una apertura a esa *descolonización* a la que hice referencia de entrada: lo que aquí se piensa no está en función de mantener un ligamen de dependencia colonial con algún pensamiento venido desde alguna metrópoli; por lo tanto, esta obra es muy política, en la medida en que no remite a un significante Amo que la presida pretendiendo gobernar el texto. Hasta podría decirse que es un libro muy “argentino”, siempre y cuando no nos atengamos a una supuesta nacionalidad que nos daría esencia, sino que señalemos una singularidad históricamente palpable: el psicoanálisis, en nuestro país, ha sabido a menudo aventurarse lejos de sus fronteras tradicionales. A retener, entonces, el hecho de que se practican aquí conexiones inéditas y no solo se habla de ellas en los enunciados.

No tarda en saltar a la vista para un lector atento otro rasgo poscolonial, que opera en la constitución de un pensamiento psicoanalítico sin centro, lo cual hace a toda una ardua cuestión: se hizo bien pronto evidente que entre lo más potente que traía aquella nueva manera de pensar estaba la demolición del centro como motivo metafísico ordenador de las categorías de la filosofía occidental primero, y de la ciencia después. El psicoanálisis llegaba para interesarse por los márgenes, por fenómenos periféricos descartables hasta ese momento. Depuso a la conciencia cartesiana del centro de la escena. Se hizo tanta propaganda alrededor de eso que se tardó mucho tiempo en advertir que quitar algo del centro no es lo mismo que quitar el centro del centro. No alcanza con una retórica sobre el “descentramiento del sujeto”. Pues bien pronto el psicoanálisis repuso el poder del intacto centro simplemente poniendo otra cosa en su lugar, el bien llamado “complejo nuclear”: todo gira alrededor de Edipo. Hubo luego mucho ruido en francés con la castración, desplazando lo edípico y con él la plenitud de la esencia de un ser para situar allí la falta. Pero la falta de ser en el centro comparte la misma armadura estructural que lo pleno del ser en el centro. Hemos trabajado mucho para no ubicar en él, de nuevo, ahora el jugar.

A lo largo de este libro se deja leer la ausencia de un motivo del centro remozado discretamente; no se propone reemplazo alguno ni tienen mayor relieve los anteriores herederos de aquel trono vetusto pero siempre robusto. Esto explica también por un lado que el autor se haga acompañar no por Virgilio sino por la física cuántica, que junto con la intensificación de la tecnología astronómica desalojó definitivamente

toda visión céntrica del universo, una revolución mucho más profunda que la de Galileo, que se había limitado a un cambio de gobierno en ese centro de costumbre; y por otro lado, en la conceptualización misma de lo conectivo, cuyo funcionamiento es incompatible con todo deseo de centración: lo conectivo descrito por Moreno es nómada, in-centrable, nunca gira en órbita.

El colega que lea este libro en busca de algún efecto de centración, nueva o vieja, saldrá defraudado. O ni siquiera registrará este hecho capital, ya que en términos generales la débil formación filosófica en nuestra profesión dificulta darse cuenta de semejante operación. Sobre todo porque, en el texto, esta se halla más realizada que declarada o declamada.

En relación con lo conectivo se cumple la promesa anunciada en el primer libro del autor, *Ser Humano*, en cuanto a un paulatino despliegue para poner a trabajar este nuevo concepto a lo largo de un recorrido que –por supuesto– pasa por la clínica. Surge una pregunta. Por lo menos. Se propone para este funcionamiento conectivo una raíz otra, independiente del funcionamiento asociativo tradicional, y se mantiene así un paralelismo y una autonomía de ambos registros. ¿Es esto suficiente? ¿No quedará lo asociativo desconfigurado por lo conectivo, un poco a la manera en que la transicionalidad abate el tranquilo andar de la pareja interno/externo? Según esto, que sería mi apuesta personal, el concepto de conectividad no se trata de un simple añadido que acompaña, sin molestar, al estatuto del antiguo régimen asociativo. Difícil de creer, si tenemos en cuenta que su llegada, entre otras cosas, trastorna los supuestos de la consigna asociativa introducida por Freud desde el campo de la psicología decimonónica. Toda una cuestión, entonces, que dejamos en suspenso; el porvenir de los textos dirá.

Por lo pronto, el plano de la conexión introducido rebasa cierto modo de concebir la semiosis que vuelve insuficiente no solo la referencia clásica al significado, sino también la teoría del significante en su pretensión revolucionaria, que quedó –a nuestro juicio– un tanto menoscabada por el logocentrismo que la dirigió. Otra cosa hubiese sido poner al significante en música, explotar lo que no deja de resonar musicalmente en él hasta en los primeros textos de Lacan que lo proponen. Pero, como bien observó Derrida, el significante arrastra demasiados significados subrepticios y, en fin, no deja de ser otra manera de alcanzar la significación. En su nueva y propia dirección, el trazo conectivo apunta a producir no significación como intervención real de lo real (no el de un empirismo ingenuo, claro, un real atiborrado de experiencias culturales). Es esta una

maniobra de lectura que me parece indispensable introducir para encarar este libro, seguir el hilo de lo que *hace* conectivamente antes de lo que sus páginas “quieren” decir.

En este punto hay otra operación, de mucha relevancia conceptual, que el texto lleva a cabo: contra lo establecido –hasta producir cierto cansancio–, la represión se eclipsa; y no solo eso, pues deja su lugar a otro tipo de operación estructurante (compárese con lo que ocurre en los textos de, para dar un ejemplo importante, una autora como Silvia Bleichmar). Evoquemos, si falta hiciere, su función clave en la estructuración del psiquismo a partir de Freud. Aquí se impone una digresión.

Lo habitual es considerar que el que se llegara a conceder semejante importancia a la represión, haciéndola el agente por excelencia de la tópica y la dinámica del psiquismo, deriva de motivos puramente clínicos: Freud y sus primeros seguidores se habrían tropezado con ella en el trabajo terapéutico, y esta sería la primera y principal razón del papel que se le asignó, enriquecido luego con todas las hipótesis acerca de una represión originaria, etcétera. De allí se generó toda una metapsicología que giraba en torno a la represión, a ese “esfuerzo de desalojo”, al decir de Echeverri. Pero toda esta gran suposición se hace creíble por el expediente de olvidarse de demasiadas cosas: nada menos que de toda una concepción previa, presupuesta, postulada por Freud, sobre la naturaleza humana en la que volvemos a tropezar con el colonialismo imperante en la cultura occidental de su época, que abona la idea de un fondo primitivo, salvaje, inculto, pulsional, del *Homo sapiens*, que a fuerza de cultura se revestiría de rasgos más civilizados, lo que a su vez se lograría a causa del accionar de la represión. La lucha que Freud imagina entre lo instintivo y lo cultural es el despliegue a gran escala de esta concepción que da lugar a ecuaciones donde niños y neuróticos son igualados en una ecuación con el salvaje, del que hoy, sabemos, los antropólogos han denunciado su inexistencia y nos han hecho descubrir un abanico de culturas entre las cuales está la nuestra, en lugar de la nuestra como *la* cultura en medio de un mar de tribus primitivas que viven en estado de naturaleza. Este retrato se repite en las imágenes del caballo desenfrenado que sería el Ello, en ese estado de naturaleza donde lo cultivado debe advenir, como en el ejemplo de Holanda desecando estériles pantanos. También en la delectación con que se citaba por aquellos tiempos la frase del iluminista Diedo especulando sobre lo que haría el pequeño salvaje si pudiera... Los exponentes de esta ideología rezuman por todas partes, también en la definición de la tarea de la psicoterapia en cuanto a dominar y someter

el Inconsciente al Preconsciente. El hombre blanco lleva en su seno, sin saberlo del todo, al negro violento y reacio a las renunciaciones al placer inmediato que impondría civilizarse. Es por toda esta imaginería típica de la Europa colonialista del siglo XIX que la represión caló con tanta fuerza, y no meramente por ser un real de la clínica. Por ello, no deberá extrañarnos el muy escaso lugar que tiene en este libro, y que de hecho se la reemplace por la paradoja de Moore, una paradoja lógica que sostiene al mismo tiempo que *se cree en P* y que *no se cree en P*, lo que pasa a ser un nuevo eje organizador del psiquismo.

Para quienes, como en mi caso, recomenzamos el pensar en psicoanálisis por el lado del jugar temprano –lo cual no puede hacerse partiendo de la represión, que nunca podría poner en marcha los procesos lúdicos precoces–, la paradoja de Moore es de inmensa utilidad, porque a la vez que complejiza da otra vuelta de tuerca a la renegación como operación estructurante, tal como la pensaron Diego García Reinoso y Octave Mannoni, partiendo de un pequeño y luminoso ensayo de Freud donde este la describía, pero circunscribiéndola al fetichismo, aunque enseguida no dejaba de retroactuar sobre la concepción toda de la represión. La paradoja de Moore transforma o varía, complejizándola, la fórmula de Mannoni “Ya lo sé, pero aun así...”, con la que aquel plasmaba una nueva lectura de la renegación: “creo y no creo” a la vez reformula el “sé una cosa pero sigo creyendo otra”, no tan distante de Moore si tenemos en cuenta que no hay efecto de saber sin creencia que lo sostenga. Moreno vuelve sobre esta paradoja, retiene su trascendencia teórica en tanto la represión no sabe de paradojas. (No está en juego, se entiende, descalificar la represión o negar su existencia, sino poner en crisis su función estructurante radical). Y viene al caso que Moreno sea también un analista que trabaja con niños: no es lo mismo partir del niño emergiendo al jugar, que del neurótico desgarrado en su diván de adulto.

Y así se opera esta segunda intervención dando lugar a un pensamiento psicoanalítico poscolonial, donde el niño ya no es el equivalente del primitivo no europeizado sino un creador de juegos y de dibujos, entre otras cosas. Falta aún tomar nota de cómo el libro lidia con otra inmensa tarea, que es nada menos que la de terminar con la imaginería del sujeto como entidad aislada, hiperindividual, una tarea que no solo el psicoanálisis debe esforzarse por sacar adelante, ya que grava el conjunto de las ciencias humanas.

Esta vez no se trata solo de colonialismo. El motivo del sujeto aislado, plasmado como nadie por Leibniz en su célebre mónada (a la que Freud

mismo no desdeñó recurrir), es uno de los más insistentes de la metafísica occidental, con Platón como verosímil punto de arranque. En su extenso recorrido se potencia con el capitalismo y su promoción de un individualismo a ultranza: cada uno será representado por un circulito que lo encierra, una vez cerrado el cual podrá intentar vincularse con los demás redondeles del caso. El mismo inconsciente será inevitablemente concebido como una propiedad especial del psiquismo de alguien. Para llegar al *entre* que hoy pensamos, hay todo un trabajoso camino donde la resistencia de esa mónada se pone a prueba en su capacidad de supervivencia y de resucitamientos repetidos. Como la transicionalidad en su momento, lo conectivo es una de las aperturas por donde demoler esta concepción aislacionista que en su momento problematizaba falsos interrogantes (por ejemplo, preguntándose cuándo el niño accedía a una relación con el otro). No es sorprendente que tal individualismo sirviera “para controlarte mejor”, cada uno atravesado por pluralidad de códigos numéricos, ni que fuera tan útil también para hacer del ciudadano un consumidor. La paradoja es que a mayor individuación, menor singularidad. Y por otra parte, lo conectivo no respeta individualidades circulares, pero en cambio, en la manera en que Moreno lo configura, registra minuciosamente la singularidad de cada acto –por ejemplo de cada acto de juego–, sin reducirlo a hipotéticas significaciones previas. De esta forma se delinea un psicoanálisis renovado, atento a la singularidad abierta al porvenir del acontecimiento en lugar de estar enfocado en las ataduras al pasado.

En los dos últimos capítulos, Moreno parece haber tomado la decisión de no avanzar más en profundidad, embarcándose en un examen de algunos párrafos de Freud relativos al trabajo en transferencia y a la oscura problemática telepática y chamánica. Por un lado se trata de una tentativa –poco convincente, a decir verdad– de situar en posiciones freudianas la dimensión del *entre* propia de las corrientes más renovadoras del psicoanálisis contemporáneo, de la que Moreno mismo forma destacada parte. Resulta inevitablemente forzado cuando leemos el relato donde Freud imagina el oído del analista en su dimensión inconsciente aplicado a la escucha del inconsciente que resuena dentro del paciente. Es visible que se piensa en el inconsciente de cada uno de ellos, funcionando en el interior de cada una de esas mónadas (el mismo autor se nos adelanta, enunciando su propia objeción a recaer en ese “Freud ya lo había dicho”, todo un deporte que practican algunos colegas cada vez que escuchan algo distinto de lo acostumbrado; por ejemplo, si escuchan a Moreno).

En lo relativo a los fenómenos considerados paranormales, la exploración del autor vuelve a poner de relieve el obstáculo que supone la concepción del sujeto como un ente aislado, tal como él la ha descrito para los cuerpos de la física clásica. En efecto, es por atenerse a ella que puede costar tanto imaginar una comunicación de inconsciente a inconsciente: la misma formulación genera un falso problema que se desvanece si pensamos en una comunicación inconsciente entre subjetividades en las que esa dimensión se extiende entre ellos sin hacer caso de supuestas fronteras individuales. De nuevo, el texto trabaja *haciendo* notar lo inadecuado y anacrónico de toda la imagería del sujeto en tanto ser aislado, que se vincularía a posteriori de su estructuración. Las huellas vivas del pensamiento de Janine Puget y de Isidoro Berenstein se hacen palpables aquí a la hora de afirmar la trama inter que nos constituye.

Hasta aquí llegamos en nuestro esfuerzo por situar grandes ejes y direcciones de este libro que acaso puedan contribuir en algo para ayudar al lector en su recorrido. De todos modos recalquemos que la mejor ayuda la presta el libro mismo en cuanto a su factura: ameno, ágil, melodioso en su andar, nunca árido pese a las dificultades sin fondo en las que se mete, amable también para un lector no psicoanalítico, venga del campo filosófico, sociológico, educativo o simplemente del amor y la curiosidad por la lectura. Pero además, se trata de un libro de ahora en más indispensable para una formación permanente, al decir de Rafael Paz. Indispensable por igual para el analista que trabaja con niños como para el que se limita al paciente adulto. Y debería ser toda una enseñanza que lo sea, siendo como es, un libro sin jerga, con muy discreta apelación al vocabulario psicoanalítico de una u otra corriente. Digamos que aquí no se recubre con vocabulario ostentoso y ostensible la carencia de pensar genuino.

## *Prefacio*

“La búsqueda debe ser sin objeto  
(sin religión, sin ser, sin respuesta).  
Ni siquiera el lenguaje debería ser  
el objeto de la búsqueda.”

PASCAL QUIGNARD

Aunque aparezcan al principio, los prólogos se redactan comúnmente al final de la escritura de un libro. Sin embargo, como ocurre con la mirada del caminante cuando cree que llega la última etapa de un recorrido, los finales no rara vez son más bien un nuevo comienzo.

Este libro está plagado de abismos, de rupturas con lo que antes creí establecido, y en este comienzo-final –debo confesar– estoy un poco atemorizado, como cada vez que siento que lo escrito se aleja de mí, se exhibe y me deja expuesto. Hasta podría llegar a cuestionar mis inevitables yerros.

No importa, me digo, mal o bien es un camino. En él me inspiraron varias fuentes que no puedo determinar porque ya están fuera de catálogo. De la mayoría de ellas –según creo recordar– ni siquiera sé un nombre; son flujos que me han empujado o que me han atravesado: algunos disruptivos, otros consolidantes. Críticas con que algunos me han cuestionado y me han hecho atender mis propias ideas o me han acercado a confines no explorados. Todos, cada uno a su manera, me han fortalecido.

Quiero sí mencionar la ayuda recibida por Lugar Editorial y la generosidad de parte de Eduardo Stupía de facilitarme el cuadro que ilustra la tapa. Gracias.

- WINNICOTT, D. (1968[1972]) *Realidad y juego*. Barcelona. Gedisa.  
 WITTGENSTEIN, L. (1945[2009]) *Philosophical Investigations*. Nueva York. Blackwell Publishing.  
 WITTGENSTEIN, L. (1922[2004]) *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid. Alianza.  
 WITTGENSTEIN, L. (2009) *Los cuadernos azul y marrón*. Madrid. Tecnos.

## Índice

### Prólogo

Julio Moreno, por un psicoanálisis poscolonial. (Prólogo a la manera de un pequeño ensayo). <i>Ricardo Rodulfo</i> .....	5
<b>Prefacio</b> .....	13
<b>Capítulo 1</b>	
Lo singular.....	17
<b>Capítulo 2</b>	
Real y ficcional.....	27
<b>Capítulo 3</b>	
Realidad virtual e informática .....	37
<b>Capítulo 4</b>	
Mapa y territorio.....	45
<b>Capítulo 5</b>	
El asombro del instante .....	57
<b>Capítulo 6</b>	
Del ir y el venir .....	71
<b>Capítulo 7</b>	
Presentaciones del ir y el venir .....	77
<b>Capítulo 8</b>	
Encuentro y reconocimiento.....	99
<b>Capítulo 9</b>	
La clínica de la vincularidad .....	105
<b>Capítulo 10</b>	
Entre la inmanencia y la trascendencia.....	121
<b>Capítulo 11</b>	
La sugestión en la obra de Freud.....	135
<b>Capítulo 12</b>	
Freud y la telepatía .....	143
<b>Referencias bibliográficas</b> .....	157